

Serapis. El número de volúmenes de esta biblioteca, que fué llamada hija de la del Museo, ascendió á trescientos mil; había, pues, setecientos mil volúmenes en estas colecciones reales.

Alejandría no era simplemente la capital de Egipto, era la metrópoli intelectual del mundo; se ha dicho que allí el génio del Este se reunió verdaderamente al génio del Oeste, y este París de la antigüedad vino á ser el foco de la disipación elegante y del universal escepticismo. Con las seducciones de esta sociedad encantadora, hasta los judíos olvidaron su espíritu patriótico y abandonaron el idioma de sus antepasados, para aceptar el griego.

Al establecer el Museo, tuvieron Ptolemeo Sotero y su hijo Filadelfo tres objetos presentes: 1.º, perpetuar los conocimientos que existían en el mundo; 2.º, aumentarlos; 3.º, difundirlos.

1.º Para perpetuar los conocimientos se transmitieron al jefe de la biblioteca órdenes para comprar, á costa del Rey, cuantos libros pudiera; un ejército de copistas instalado en el Museo, tenía la obligación de hacer reproducciones exactas de las obras de que no quisieran desprenderse sus propietarios. Cualquier libro importado en Egipto por los extranjeros, era inmediatamente adquirido por el Museo, y después de copiado fielmente varias veces, se entregaba al dueño una de estas copias, quedando el original en la biblioteca. A menudo se pagaba por ellos grandes sumas, y se cuenta que, habiendo obtenido Ptolemeo Evergetes las obras de Eurípides, Sófocles y Esquilo, de Atenas, envió á sus poseedores, además de las copias, quince mil pesos fuertes como indemnización. A su vuelta de la expedición de Siria, trajo en triunfo todos los monumentos egipcios de Ecbatana y Susa, que Cambises y otros invasores habían sacado del Egipto, los cuales colocó en sus primitivos lugares, ó agregó como adornos á sus museos. Tanto por las traducciones como por las copias, se pagaban sumas que consideraríamos casi increíbles, como sucedió con la traducción de la Biblia de los Setenta, ordenada por Ptolemeo Filadelfo.

2.º Aumento de los conocimientos. Uno de los prin-

cipales objetos del Museo fué que sirviera de albergue á un cuerpo de hombres que, consagrados al estudio, estuviesen alojados y mantenidos á expensas del Rey, y en ocasiones él mismo asistía á su mesa, llegando hasta nosotros algunas anécdotas relacionadas con estas festivas escenas. En la primitiva organización del Museo estaban divididos los alumnos en cuatro facultades: Literatura, Matemáticas, Astronomía y Medicina; otras subdivisiones de menor importancia se hallaban clasificadas bajo alguno de estos títulos generales; así la Historia natural era considerada como una rama de la Medicina. Un oficial superior de gran distinción gobernaba el establecimiento y tenía á su cargo todas sus atenciones. Demetrio Faléreo, tal vez el hombre más instruido de su época, que había sido largo tiempo gobernador de Atenas, fué el primer jefe que se nombró; dependía de él el bibliotecario, empleo ocupado á veces por hombres como Eratóstenes y Apolonio de Rodas, cuya fama no se ha extinguido todavía.

Unido al Museo había un jardín botánico y otro zoológico; estos jardines, como sus nombres indican, tenían por objeto facilitar el estudio de los animales y las plantas. Había también un observatorio astronómico con ésteras armilares, globos, armellas solsticiales y ecuatoriales, astrolabios, reglas paralácticas y otros aparatos entonces en uso; la graduación de los instrumentos divididos era de grados y sextos. En el piso de este observatorio había trazada una línea meridiana. La falta de aparatos exactos para medir el tiempo y la temperatura era muy sensible; la clepsidra de Ctesibio llenaba muy imperfectamente el primer objeto, y otro tanto acontecía con el hidrómetro que flotaba en una copa de agua, indicando la temperatura por las variaciones de densidad. Filadelfo, que en el ocaso de su vida cobró gran temor á la muerte, dedicó mucho tiempo al descubrimiento de un elixir; para esta clase de investigaciones estaba provisto el Museo de un laboratorio químico. A despecho de las preocupaciones de la época, y especialmente de las de los egipcios, había unida al departamento de Medicina una sala de disecciones, donde no sólo se trabajaba sobre

el cadáver, sino que también se hacían vivisecciones en los criminales condenados.

3.º Difusión de los conocimientos. En el Museo se celebraban conferencias, certámenes, concursos y por otros medios apropiados se daba instrucción en todos los ramos de los conocimientos humanos. Acudieron en tropel á aquel gran centro intelectual estudiantes de todos los países, y según se cuenta, llegó á haber alguna vez hasta catorce mil asistiendo á las aulas. La misma Iglesia cristiana recibió de ellas más tarde algunos de sus Padres más eminentes, como Clemente de Alejandría, Orígenes y Atanasio.

La biblioteca del Museo fué incendiada durante el sitio de Alejandría por Julio César; para compensar esta gran pérdida, presentó á la reina Cleópatra, Marco Antonio, la coleccionada por Eumenes, rey de Pérgamo; fué fundada para rivalizar con la de los Ptolemeos, y al cabo se agregó á la colección del Serápeo.

Nos resta describir brevemente la base filosófica del Museo y algunos de los elementos con que ha contribuído al caudal de los conocimientos humanos.

En memoria del ilustre fundador de esta nobilísima institución, llamada con delicia por los antiguos «La divina escuela de Alejandría», debemos mencionar en primera línea «La historia de las campañas de Alejandro». Grande como soldado y como soberano, aumentó Ptolemeo Sotero su gloria haciéndose escritor. El tiempo, al que no ha sido dado destruir el recuerdo de lo que le debemos, no nos ha conservado, sin embargo, sus obras, que yacen perdidas para siempre.

Como debía esperarse de la amistad que existía entre Alejandro, Ptolemeo y Aristóteles, la filosofía aristotélica era la piedra angular intelectual sobre que descansaba el Museo. El rey Filipo había confiado á Aristóteles la educación de Alejandro, y durante las campañas persas, el conquistador contribuyó materialmente, no sólo con dinero, sino por otros medios, á la «Historia natural», entonces en preparación.

El principio esencial de la filosofía aristotélica consistía en elevarse del estudio de los detalles á un saber

de principios generales ó universales, aproximándose á ellos inductivamente: la inducción es tanto más cierta cuanto más numerosos son los hechos en que se apoya, y su precisión queda establecida si nos permite predecir otros hasta entonces desconocidos; este sistema exige un trabajo sin fin en la reunión de hechos experimentales y de observación, y también una profunda meditación de ellos. Es, por lo tanto, un método de razón y de trabajo esencialmente y no de imaginación. Los yerros que el mismo Aristóteles nos muestra tan á menudo no prueban su falta de enlace, sino más bien cuán digno es de confianza. Son errores debidos á la falta de hechos bastante numerosos.

Algunos de los resultados generales que obtuvo Aristóteles son muy importantes; así, por ejemplo, dedujo que todas las cosas están dispuestas para la vida, y que las variadas formas orgánicas que nos presenta la naturaleza, son las que permiten las condiciones existentes, y que cambiando éstas cambiarán también aquéllas; resulta de aquí una no interrumpida cadena que va desde el simple elemento, por plantas y animales, hasta el hombre, fundiéndose insensiblemente unos en otros los diferentes grupos intermedios.

La filosofía inductiva así establecida por Aristóteles, es un método poderoso, y á él se deben todos los adelantos modernos de la ciencia; en su forma perfecta se eleva por inducción de los fenómenos hasta sus causas, y entonces, imitando el método de la Academia, desciende por deducción desde las causas á los detalles del fenómeno.

Mientras que de este modo se fundaba la escuela científica de Alejandría sobre las máximas de un gran filósofo ateniense, la Escuela ética lo era sobre las de otro, Zenón, que aunque chipriota ó fenicio, había permanecido largos años en Atenas; sus discípulos tomaron el nombre de estoicos. Sus doctrinas le sobrevivieron largo tiempo, y cuando no existía otro consuelo para el hombre, ofrecieron un apoyo en las horas de prueba y una guía segura en las vicisitudes de la vida, no sólo á griegos ilustres, sino también á muchos grandes filósofos,

hombres de estado, generales y emperadores de Roma.

Fué el intento de Zenón dar una guía para la práctica diaria de la vida y hacer al hombre virtuoso; insistió en que la educación es el verdadero fundamento de la virtud, pues si nosotros conocemos lo que es bueno, nos inclinaremos á hacerlo; debemos fiarnos de nuestros sentidos, que nos suministran el principio de nuestro saber y que la razón combinará adecuadamente. En esto se manifiesta claramente la afinidad entre Zenón y Aristóteles. Todo apetito, inclinación ó deseo nace de un saber imperfecto; nuestra naturaleza se nos impone por el destino, pero debemos aprender á dominar nuestras pasiones y á vivir libres, inteligentes y virtuosos y en todo de acuerdo con la razón; si nuestra existencia fuese intelectual miraríamos con indiferencia los placeres y los males. No debemos olvidar jamás que somos hombres libres y no esclavos de la sociedad. «Poseo, dice el estoico, un tesoro que nadie en el mundo puede arrebatarme, pues nadie puede privarme de la muerte». Debemos recordar que la naturaleza en sus operaciones tiende á lo universal y nunca preserva los individuos, pero usa de ellos como medios para cumplir sus designios. Estamos, por lo tanto, sujetos al destino y debemos cultivar los conocimientos y practicar la templanza, la magnanimidad y la justicia, como cosas necesarias á la virtud. Recordemos que cuanto nos rodea es mudable, que la muerte sigue á la vida y la vida á la muerte, y que es inútil rebelarse contra ella en un mundo en que todo muere; así como una catarata conserva la misma forma de un año á otro, aun cuando el agua que la compone cambia constantemente, así el aspecto de la naturaleza es como un torrente de materia que presenta formas variables. El universo, considerado como un todo, es inmutable; sólo el espacio, los átomos y la fuerza son eternos; y las formas de la naturaleza que vemos son esencialmente transitorias y deben todas desaparecer.

Es preciso tener presente que la mayoría de los hombres está imperfectamente educada, y que no debemos por tanto ofender inconsideradamente las ideas religiosas de nuestra época, y es bastante saber para nosotros mis-

mos que, aunque hay un Poder Supremo, no hay un Sér Supremo. Hay un principio invisible, pero no un Dios personal, al que sería blasfemo y absurdo imputar la forma, sentimientos y pasiones del hombre. Toda revelación es necesariamente una fábula; lo que el hombre llama suerte es tan sólo el efecto de una causa desconocida, y aun para el azar existen leyes; no hay lo que se llama Providencia, puesto que la naturaleza obra en virtud de leyes irresistibles, y en este concepto el universo es únicamente una inmensa máquina automática. La fuerza vital que llena el mundo es lo que los ignorantes llaman Dios; las modificaciones porque pasan todas las cosas tienen lugar de un modo irresistible, y por esto puede decirse que el progreso del mundo, bajo el destino, es como una semilla que no puede germinar sino de un modo determinado.

El alma del hombre es una chispa de la llama vital, del principio general de la vida; como el calor, pasa de uno á otro, y es finalmente absorbida ó reunida en el principio universal de que procede. No podemos, según esto, aguardar aniquilamiento, sino reunión, y así como el hombre cansado anhela el reposo del sueño, del mismo modo el filósofo, harto del mundo, espera la tranquilidad de la extinción. De estas cosas, sin embargo, debemos pensar con duda, toda vez que el alma sola es impropia para darnos un conocimiento cierto de sus recursos internos, y es contrario á la filosofía investigar acerca de las causas primeras; debemos tratar sólo de los fenómenos. Sobre todo, jamás debemos olvidar que el hombre no puede averiguar la verdad absoluta y que el resultado final de las investigaciones humanas en este asunto, sólo hace ver que somos incapaces de un conocimiento perfecto, y que aunque tuviéramos en nuestro poder la verdad no podíamos tener seguridad de ello.

¿Qué nos queda pues? La ciencia, el cultivo de la amistad y de la virtud, la observancia de la fe y de la verdad, una sumisión resignada á cuanto nos ocurra y una vida conforme con la razón.

Pero aunque el Museo de Alejandría estaba especialmente dedicado al cultivo de la filosofía aristotélica, no

debe suponerse que se excluyeran otros sistemas filosóficos, y el platonismo no sólo se practicaba, sino que al cabo llegó á sobreponerse al peripatetismo, y la nueva academia marcó el cristianismo con una impresión permanente. El método filosófico de Platón era inverso del de Aristóteles: su punto de partida era universal y su verdadera existencia materia de fe: de él descendía á lo particular ó los detalles. Aristóteles, al contrario, se elevaba de lo particular á lo universal, avanzando por inducción.

Platón, por lo tanto, se dirigía á la imaginación: Aristóteles, á la razón; el primero descendía á los detalles por la descomposición de una idea primitiva; el segundo, las unía en una concepción general. De aquí que el método de Platón produjese con rapidez resultados brillantes, pero vanos, y que el de Aristóteles, aunque más tardío en sus operaciones, fuese mucho más sólido; implicaba trabajo sin fin en la reunión de los hechos, un enojoso acopio de experimentos y observaciones y la aplicación de las demostraciones. La filosofía de Platón era un risueño castillo levantado en el aire; la de Aristóteles una sólida fábrica, cimentada en la roca y laboriosamente edificada, aunque con algunas grietas.

Acudir á la imaginación es mucho más agradable que hacer uso de la razón. Cuando la decadencia intelectual de Alejandría, fueron preferidos los métodos indolentes á las observaciones laboriosas y al severo ejercicio mental; las escuelas del neo-platonismo se inundaron de místicos especuladores como Ammonio Saccas y Plotino, que ocuparon el lugar de los severos geómetras del antiguo Museo.

La escuela de Alejandría ofrece el primer ejemplo del sistema que, en manos de nuestros modernos físicos, ha producido resultados tan maravillosos. Rechaza lo imaginario, y sus teorías son la expresión de los hechos obtenidos por los experimentos y las observaciones, ayudados por la discusión matemática. Sostiene el principio de que el verdadero método de estudiar la naturaleza es la interrogación experimental. Las investigaciones de Arquímedes sobre la gravedad específica y las obras de óptica de

Ptolemeo, se asemejan á nuestros estudios presentes de filosofía experimental, formando abierto contraste con las vaguedades especulativas de los antiguos escritores. Laplace dice que la única observación hecha por los griegos antes de la escuela de Alejandría que nos presenta la historia de la astronomía, es la del solsticio de verano del año 432 (antes de J. C.), debida á Meton y Euctemon. Tenemos en esta escuela, por primera vez, un sistema combinado de observaciones efectuadas con instrumentos de medir ángulos y calculadas por métodos trigonométricos; entonces tomó la Astronomía una forma que las edades siguientes han podido tan sólo perfeccionar.

No conviene á la extensión é intento de esta obra dar una relación minuciosa de los elementos con que el Museo de Alejandría ha contribuído al caudal de los conocimientos humanos; basta que el lector obtenga una idea general de su carácter; para más detalles, puedo indicarle el capítulo sexto de mi *Historia del desarrollo intelectual de Europa*.

Acaba de verse que la filosofía estoica dudaba si el alma puede averiguar la verdad absoluta. Mientras estaba Zenón entregado á estas dudas, preparaba Euclides su gran obra destinada á desafiar la contradicción de toda la raza humana, y que aún sobrevive después de veintidos siglos, como modelo de precisión y claridad y prototipo de la demostración exacta. Este gran geómetra escribió, no sólo sobre otros asuntos matemáticos como las Secciones Cónicas y los Porismos, sino que también se le atribuyen tratados de armonía y de óptica, estando escrito este último según la hipótesis de que los rayos parten del ojo hacia el objeto.

Entre los matemáticos y físicos alejandrinos es preciso colocar á Arquímedes, si bien más tarde vivió en Sicilia. Hay dos libros entre sus obras matemáticas sobre la esfera y el cilindro, en los que demuestra que el sólido contenido en la esfera es igual á los dos tercios del cilindro circunscrito; y tanta importancia daba á este descubrimiento, que ordenó que la figura se grabara sobre su tumba. Ocupóse también de la cuadratura del círculo y de la parábola; de las conoides y esferoides; de la espiral que

lleva su nombre, cuyo principio le sugirió su amigo Conon, el alejandrino. La Europa no produjo otro matemático igual á él en cerca de dos mil años; en ciencias físicas fundó la hidrostática, inventó un método para determinar la gravedad específica; discutió el equilibrio de los cuerpos flotantes; descubrió la verdadera teoría de la palanca; inventó un tornillo, que aún lleva su nombre, para elevar las aguas del Nilo; á él se debe también el tornillo sin fin y una forma particular de espejos ardientes, por cuyo medio, durante el sitio de Siracusa, incendió la flota romana.

Eratóstenes, que tuvo á su cargo algún tiempo la biblioteca, fué autor de varios trabajos importantes; entre ellos merece mencionarse la determinación que hizo del intervalo que separa los trópicos, y una tentativa para averiguar el tamaño de la tierra; se ocupó de la forma y extensión de los continentes, de la posición de las cordilleras, de la acción de las nubes, de la inmersión geológica de las tierras, de la elevación de los lechos de los antiguos mares, de la apertura de los Dardanelos y de la del Estrecho de Gibraltar, y de las relaciones del Ponto Euxino. Compuso, en tres libros, un sistema completo sobre la tierra, físico, matemático é histórico, acompañado de un mapa de todas las partes del mundo conocidas entonces. En estos últimos años únicamente se han apreciado en su justo valor los fragmentos que quedan de sus *Crónicas de los Reyes de Tebas*, que por varios siglos han estado relegadas al descrédito que les ocasionaba la autoridad de nuestra absurda cronología teológica.

Es innecesario aducir los argumentos de que se valían los alejandrinos para probar la forma globular de la tierra. Poseían ideas correctas acerca de la doctrina de la esfera, de sus polos, eje, ecuador, círculos ártico y antártico, puntos equinocciales, solsticios, distribución de los climas, etc. No puedo hacer más que aludir á los tratados de las secciones cónicas y de las máximas y mínimas de Apolonio, quien se dice que fué el primero que introdujo las palabras elipse é hipérbola; del propio modo pasará por alto las observaciones astronómicas de Aristilo y Timocaris; á las efectuadas por éste sobre Spica Vir-

ginis, debió Hiparco su gran descubrimiento de la precesión de los equinoccios; Hiparco también fué el primero en determinar la perturbación de la luna y la ecuación central; adoptó la teoría de los epiciclos y de las excéntricas, concepción geométrica ideada con objeto de resolver los movimientos aparentes de los cuerpos celestes, según el principio del movimiento circular. Empezó igualmente la construcción de un catálogo de estrellas, por el método de las enfilaciones; esto es, indicando las que aparecen en la prolongación de una misma recta. El número de estrellas, catalogadas así, es de 1.080; trató además de describir el aspecto del cielo y de hacerlo mismo con la superficie de la tierra, marcando la posición de las ciudades y otros lugares por líneas de longitud y latitud. Fué el primero que construyó tablas del sol y de la luna.

En medio de tan brillante constelación de geómetras, astrónomos y físicos, descuella resplandeciente Ptolemeo, autor de la gran obra *Sintaxis ó Composición matemática de los cielos*, que durante cerca de 1.500 años no tuvo rival y sólo fué derribada por la inmortal *Principia* de Newton. Empieza afirmando que la tierra es globular y está fija en el espacio; describe la construcción de una tabla de cuerdas y de instrumentos para observar los solsticios y deducir la oblicuidad de la eclíptica; halló las latitudes terrestres por medio del esciaterio, describió los climas, demostró el medio de convertir tiempo ordinario en sidéreo, dió razones para preferir al año de este nombre el trópico, estableció la teoría solar, según el principio de una órbita excéntrica, explicó la ecuación de tiempo, llegó á discutir los movimientos de la luna, trató de su primera desigualdad, de sus eclipses y de los movimientos de los nodos. Luego vino el gran descubrimiento de Ptolemeo, que ha hecho inmortal su nombre, el de la evección ó segunda desigualdad de la luna, reduciéndola á la teoría de las epicicloides. Intentó determinar las distancias de la tierra al sol y á la luna, lo que efectuó con mediano éxito, se ocupó de la precesión de los equinoccios, descubierta por Hiparco, y cuyo período completo es de 25.000 años. Formó un catálogo de 1.022 estrellas, tra-

tó de la naturaleza de la Vía Láctea y discutió magistralmente los movimientos de los planetas. Este punto constituye otro de los títulos que tiene Ptolomeo para la fama científica. Su determinación de las órbitas planetarias fué llevada á cabo comparando sus propias observaciones con las de los primeros astrónomos, entre ellas las de Timocaris, sobre el planeta Venus.

En el Museo de Alejandría inventó Ctesibio la máquina de fuego; Heron, su discípulo, la perfeccionó, añadiéndole dos cilindros; también funcionó allí la primera máquina de vapor, ideada por este mismo; era de reacción, según el principio de la eolípila. El silencio de las salas del Serápeo fué interrumpido por los relojes de agua de Ctesibio y de Apolonio, que gota á gota medían el tiempo. Cuando el calendario romano había caído en tal confusión que vino á ser absolutamente necesario rectificarlo, llamó Julio César á Sosigenes, astrónomo de Alejandría; por su consejo se abolió el año lunar, el año civil se arregló exclusivamente por el sol y se introdujo el calendario juliano.

Los gobernantes macedonios de Egipto han sido vituperados por la manera que tuvieron de tratar el sentimiento religioso de su tiempo. Lo prostituyeron, haciéndolo servir como instrumento político para someter más fácilmente las clases bajas de la sociedad: á las inteligentes dieron la filosofía.

Mas es indudable que obraron así por la experiencia adquirida en estas grandes campañas que hicieron de los griegos la nación más adelantada del mundo. Habían visto las mitológicas concepciones de sus antepasados, convertirse en fábulas; las maravillas con que los antiguos poetas adornaban el Mediterráneo, no eran sino ilusiones desprovistas de fundamento; habían desaparecido las divinidades del Olimpo, y verdad es que, hasta el mismo Olimpo había demostrado ser un fantasma de la imaginación; los infiernos habían perdido sus terrores y no se hubiera hallado ni lugar para ellos; los dioses y diosas habían huído de los bosques, de las grutas y de las orillas del Asia Menor, y los mismos devotos empezaban á dudar si habían estado allí alguna vez. Si las jóvenes si-

rias se lamentaban aún en sus canciones amorosas de la suerte de Adonis, era como simple recuerdo, no como realidad. Una y otra vez cambió la Persia su fe nacional; sustituyó á la revelación de Zoroastro el dualismo, y luego, bajo nuevas influencias políticas, adoptó el magismo. Había adorado el fuego y colocado sus ardientes altares en la cresta de las montañas: había adorado el sol, y cuando vino Alejandro iba rápidamente cayendo en el panteísmo.

Un país que, en días de grandes desgracias políticas, no encuentra auxilio en sus dioses indígenas cambia de fe inevitablemente. Las venerables divinidades de Egipto á cuya gloria se consagraron templos y levantaron obeliscos, se habían subordinado en más de una ocasión á la espada del conquistador extranjero. En la tierra de las Pirámides, los colosos y las esfinges, las imágenes de los dioses habían dejado de representar realidades animadas; habían cesado de ser objetos de fe; se necesitaron otros de nacimiento más reciente, y Serapis reemplazó á Osiris. En las tiendas y calles de Alejandría vivían millares de judíos que habían olvidado al Dios que había fijado su solio tras el velo del templo.

La tradición, el tiempo, la revelación, todo había perdido su influencia. Las tradiciones de la mitología europea, las revelaciones del Asia, los dogmas consagrados por el tiempo en el Egipto, todo había pasado ó iba desapareciendo rápidamente, y los Ptolomeos reconocieron cuán efímeras son las formas de la fe.

Pero los Ptolomeos también consideraban que hay algo más duradero que las formas de la fe que, como las orgánicas de las edades geológicas, una vez idas lo son para siempre y no renacen, no vuelven jamás. Reconocieron que dentro de este mundo de ilusiones transitorias hay un mundo de eterna verdad.

Ese mundo no se descubre por las vanas tradiciones que han traído hasta nosotros las opiniones de hombres que vivieron en la aurora de la civilización, ni por los sueños de los místicos que creyeron estar inspirados. Ha de descubrirse por las investigaciones de la geometría y por la interrogación práctica de la naturaleza; esto dará

á la humanidad sólidos, innumerables é inestimables bienes.

Nunca llegará el día en que se niegue ninguna de las proposiciones de Euclides; nadie de aquí en adelante pondrá en tela de juicio la forma esferoidal de la tierra, reconocida por Eratóstenes; el mundo no permitirá que se olviden los grandes inventos físicos y los descubrimientos hechos en Alejandría y en Siracusa. Los nombres de Hiparco, Apolonio, Ptolemeo y Arquímedes se mencionarán con respeto por los hombres de todas las religiones, mientras haya hombres para hablar.

El Museo de Alejandría fué, pues, la cuna de la ciencia moderna. Es verdad que mucho antes de su establecimiento se habían hecho observaciones astronómicas en China y en la Mesopotamia; las matemáticas también se habían cultivado con cierto éxito en la India; pero en ninguno de estos países había tomado la investigación una forma consistente y enlazada, ni se había recurrido al experimento físico.

La forma característica de la ciencia alejandrina y de la ciencia moderna, es que no les basta la simple observación, sino unida á la interrogación práctica de la naturaleza.

CAPÍTULO II

Origen del cristianismo.—Su transformación al alcanzar el poder imperial.—Sus relaciones con la ciencia.

Condición religiosa de la república romana.—La adopción del imperialismo conduce al monoteísmo.—El cristianismo se extiende por el imperio romano.—Las circunstancias en que alcanza el poder imperial hacen de su unión con el paganismo una necesidad política.—Descripción de sus doctrinas y prácticas por Tertuliano.—Acción degradante que sobre él ejerce la política de Constantino.—Su alianza con el poder civil.—Su incompatibilidad con la ciencia.—Destrucción de la biblioteca alejandrina y prohibición de la filosofía.—Exposición de la filosofía agustiniana y de la ciencia patristica en general.—Las escrituras erigidas en norma de la ciencia.

Políticamente hablando, el cristianismo es la herencia que el imperio romano ha dejado al mundo.

En la época de transición de Roma, cuando el gobierno pasó de la forma republicana á la imperial, todas las nacionalidades independientes alrededor del Mediterráneo habían caído bajo la férula del poder central, si bien no podían considerar esto como un desastre, toda vez que por tal medio tuvieron fin las perpetuas guerras que unas con otras sostenían, y la miseria que sus conflictos habían producido se trocó por una paz universal.

No tan sólo como señal de las conquistas que había hecho, sino como satisfacción también á su orgullo, había transportado á Roma la victoriosa república los dioses de los vencidos pueblos, y con desdeñosa tolerancia, permitía el culto de todos ellos. La suprema autoridad ejercida por cada divinidad en su residencia original,